

Estampas de verano

La reina

Cientos de ojos contemplaban cómo ella ascendía, pausadamente, uno a uno, los seis peldaños de la escalera.

La plaza, recién anohecida, se había vuelto para mirarla.

Se lo habían dicho el día anterior los de la comisión de festejos. Tampoco tuvo demasiadas rivales. La reina de las fiestas debía de ser hija del pueblo y estar lo más guapa posible.

Los de la comisión pensaron en tres mozas: Juani «la del estanquero» que ya había sido reina hacía dos años, Lucía «la del tío Juanazas» que era todavía un poco cría y ella.

Le tembló el corazón cuando el chico de la Pili fue a decírselo a su casa.

A los diez minutos ya lo sabía todo el pueblo.

Su madre sacó del armario el vestido azul con puntillas y escote en triángulo que estrenó en la boda de su hermana la mayor.

El padre, que venía de celebrar las vísperas con los carrillos coloradetes le dijo entonces «que tuviera cuidao con los zánganos, que pa las fiestas todos se amontonaban alrededor de la reina y que tenía que saber elegir el que más le conviniere».

Ella asentía desde el rincón del comedor, mientras sacaba brillo a los zapatos azul marino que le trajo su tía la de Zaragoza.

Todo era como un sueño. El diputado de la zona, que se encontraba de paso por el pueblo, le colocó la banda rojigualda sobre el pecho enternecido. El diputado, que iba ya más contento que unas castañuelas, le colocó además un par de besos en su ruborizada mejilla con un gesto de enajenado deleite... pero, enseguida salió de su abandono momentáneo y comenzó a aplaudir rabiosamente. Al punto, toda la plaza imitó el noble gesto y un murmullo acompasado de cercanos aplausos hizo ruborizar de nuevo el frágil corazón de la recién coronada.

Sonaron, entonces, las diez en el reloj del Ayuntamiento. Ella quiso parar el tiempo, anudar con su banda rojigualda las manecillas de todos los relojes.

El diputado de la zona se había distanciado ya prudentemente y ahora, las dos damas de honor flanqueaban su azul silueta engalanada.

Habían venido todos los mozos de la zona, que no eran demasiados, pero la plaza estaba repleta de forasteros de Madrid y de Guadalajara, hijos y nietos del pueblo, amantes todos del cachondeo sano y la festiva algarabía de los pueblos.

Su transparente corazón debió sentirse, entonces, como una novia blanca o una chica famosa de esas que salen en las revistas del corazón.

Yo la ví, al día siguiente, desde el entreabierto ventanuco, sin banda ni corona, subir la calle arriba empujando la carretilla de cántaros de leche. Recordé, entonces, las chicas famosas de las revistas y su sonrisa de dentífrico anunciado y pensé, lejos de las televisiones adormecidas, que era una suerte tener una reina así de sencilla, así de real, tan entrañablemente nuestra.

José A. ALONSO